



Harold Gramatges Leyte-Vidal

Harold Gramatges

Sentados a la mesa de un restaurante en Bogotá repasábamos la carta Harold, Manila su esposa, Alain el flautista y yo, cuando el Maestro, que leía por encima de los espejuelos y casi pegados los ojos al papel, soltó de sopetón: “¿Qué estará pasando en Hato Viejo...?”

Con esa pregunta no solo rompía el silencio entre nosotros sino que destrozaba de cuajo mi noción de lo que era un compositor de su calibre, un intelectual de su estatura. Harold Gramatges se estaba refiriendo nada más y nada menos que a la telenovela de turno de la televisión cubana. Yo que estaba convencido de que él, ícono de la composición, pasaba todo el tiempo leyendo literatura y filosofía, escuchando grabaciones de los grandes clásicos, analizando partituras, conversando con sus iguales – los sabios y eruditos de su generación – no pude hacer más que tragar en seco y llevarme un panecito a la boca.

Era 1997. Estábamos en Colombia invitados al Festival Internacional de Música Contemporánea para homenajearlo a raíz del premio Tomás Luis de Victoria. Este premio, concedido al Maestro un año antes por su significativa, transformadora contribución a la música de Iberoamérica en el siglo XX, es el más alto honor conferido a un compositor vivo y este festival dedicaba una noche a su música en un recital que correría a cargo de Alain Alfonso, el baritono Ramón Calzadilla y yo... ¡Y Harold no solo echaba de menos a su telenovela sino que no los hacía saber! Grandeza.

Harold Gramatges era un esbelto señor de noble figura, de andar pausado y pocos gestos. Hablaba en voz baja con el simpático acento del oriente de Cuba, donde había nacido. Comunicador elocuentísimo. Su cultura no era jamás petulante, por el contrario, tenía como la necesidad de romper formalidades y encartonamientos, salpicando el discurso con palabras o expresiones jocosas. A veces simplemente exageraba su acento oriental, u omitía las ‘d’ en los participios, ganando gracia y restando solemnidad. A diferencia de muchos intelectuales el saber no le marchitó el semblante ni le agrió el carácter, y el sarcasmo nunca lo contagió. Era prudente, afable, generoso y un enamorado de la vida y el misterio.

El Maestro era poseedor de un sólido oficio ganado en las aulas de Amadeo Roldán y José Ardévol, por los años 40 (década prodigiosa de la cultura cubana: revista *Origenes*, revista *Musicalia*, *Grupo Renovación Musical*, exposición *Modern Cuban painters* en el MoMA, etc.), donde no solo perfeccionaba sus habilidades como compositor sino también ahondaba y expandía sus conocimientos sobre las artes, la filosofía y la cultura en general. Poniendo en uso su dominio técnico, su riguroso sentido de la arquitectura musical y su cariño a la cultura popular, recreó casi siempre los géneros populares, aleando lo bailao y lo estudio – no olvidar que era un buen bailarín (Cabrera Infante lo cuenta en *La Habana para un infante difunto*) – conectando con su imaginativo intelecto la base y el ápice: Stravinsky tocando su changüí a la orilla del Cauto; Hindemith concibiendo un son en los Aires Libres del Prado.

El Maestro diseccionaba con agudeza la habanera, el son o la danza, se apropiaba de sus esencias y una vez interiorizadas las transformaba en productos académicos, en obras de arte enriquecidas con tensiones armónicas, reinversiones interválicas, readaptaciones rítmicas, elaboraciones estructurales en conjunción con variadas técnicas compositivas, devolviéndonos lo mismo sones y guajira a modo de toccata, que el quejío flamenco hecho sonatina; Lo mismo sarabanda y siciliana de la mano en una suite, que Cervantes redivivo en la contemporaneidad de la danza.

Las disonancias que forman el tejido de su lenguaje musical casi siempre orbitaron centros tonales o insinuaron tonalidad pero hubo un período en que el Maestro se desató. Dejó de lado la danza y el cálculo y se dejó fluir. Hizo música abstracta basada en la improvisación, en lo aleatorio. Exploró las posibilidades tímbricas de los instrumentos mas allá de lo conocido extrayéndole sonidos inusitados, creando nuevos universos sonoros, produciendo atmósferas impensadas en el piano, o en la flauta, o en el violín. Logró crear un lenguaje emocionalmente libre y potente donde se le permite al intérprete crear durante la ejecución, aunque dentro de parámetros establecidos por él.

Se me antoja, sin embargo, que en general la música de Harold más que la miel es el panal laboriosamente construido. Es el jardín francés, es el bosque más que la selva o la selva en el invernadero. Es menos la diversión que la maquinaria perfectamente diseñada que la propicia.

Harold Gramatges fue también un educador de vocación. Desde la época de *Nuestro Tiempo*, sociedad que fundó en los años 50, hasta su ancianidad en el Instituto Superior de Arte, estuvo siempre transmitiendo su saber. En el ISA enseñaba Composición e impartía Audiciones Analíticas. Fue un profesor empático, paciente y efectivo a quien todos teníamos mucho cariño. Siempre rodeado de jóvenes conservó un espíritu fresco, una mente curiosa: vivió el pasado y comprendía el futuro. Recuerdo que cuando lo veía llegar al Instituto notaba el fuerte contraste entre el verde explosivo de la naturaleza a su alrededor y su imagen sobria de Janus Caribe a quien el tiempo no apresuraba, el viento no despeinaba, el trópico no desleía la compostura, el Sol no hacía transpirar.

Alguna vez recuerdo haberlo visto con la barba azul y entonces me parecía un personaje de algún cuento fantástico escapado del libro. Hoy para nada me extraña que esa barba demasiado azul fuera una deliberada travesura contra la vejez, como una travesura se que fué haberse cogido aquel afiche en la oficina de la directora del festival, en Bogotá, para luego decirnos pícaro, entre risa: “Lo vi, me gustó y lo enrollé. Quién iba a pensar que me lo robé, yo, el gran compositor homenajeado.”

Harold Gramatges Leyte-Vidal vivió una vida rica y legó riqueza. Siguió su destino y Cuba ganó. Murió satisfecho. Los que lo conocimos lo recordaremos como alguien siempre presto a apoyar los sueños de los jovenes musicos, a guiarlos, a impulsarlos. Lo recordaremos como una figura estimulante, inspiradora, que fue parte de un pasado legendario vivido entre nombres míticos. Lo recordaremos como una de las personas más queridas, admiradas y reverenciadas de la intelectualidad cubana de los últimos tiempos. Y lo recordaremos, sobre todo, con profundo agradecimiento.